

La Hermana Leonie Duquet. Recuerdo.

La conocí en la capilla San Pablo de Ramos Mejía hace casi 40 años. Ella vivía en la que podía llamarse casa parroquial, junto a la capilla de la cual estaba a cargo. En aquel entonces no había un sacerdote destinado.

Nos habíamos mudado al barrio hacía un par de años y comencé a llevar a mi hijo mayor a las clases de catequesis de Primera Comunión. Cuando, Leandro, el segundo de mis hijos, inició sus clases de catequesis, nos sentíamos muy próximas espiritualmente y los tiempos difíciles que vivíamos nos acercaban aún más. Compartíamos largas charlas, pero también valores, convicciones y temores por este país que no era el suyo pero era el que Dios le había destinado y, por eso mismo tal vez, tanto quería.

Creo que el sentimiento de temor por lo que ambas intuíamos que se avecinaba nos unió mucho y en esa unión nos sentíamos reconfortados porque no sólo reconocíamos en la Hna. Leonie a una persona de profunda religiosidad sino también a alguien que transmitía esa fe, infundiendo confianza en uno mismo y en lo que se podía lograr a través de la fe.

Ella sabía que yo estaba dedicada a la docencia y me invitó a compartir con ella las actividades de catequesis para los chicos que ya habían tomado su Primera Comunión. Ella terminó por persuadirme, brindándome su apoyo y su confianza.

Para esa época, llegó a Buenos Aires una monja francesa, de su misma congregación, que era misionera en Laos. Nos reunimos en nuestra casa con ellas y con algunos jóvenes estudiantes. Vivimos una velada estupenda, el espíritu de solidaridad, de justicia y de verdadera comunión estaba presente entre todos nosotros. Fue una noche luminosa en tiempos de tiniebla. La fuerza espiritual, el pathos de la misionera en Laos nos envolvió y fortaleció. Aunque hubiera miedo, también había esperanza después de todo.

Cuando preparaba mis clases de Filosofía para la universidad, surgían dudas que, frecuentemente, me conducían de lo filosófico a lo religioso. La Hna. Leonie me sugirió la compra de algunos libros y me facilitó otros, entre ellos la Biblia de Jerusalén en su edición francesa, que no tuve oportunidad de devolverle.

A medida que los hechos más dolorosos iban aconteciendo, nos atrevimos a un diálogo más confidencial en el que aludíamos a personas de nuestro conocimiento por cuya seguridad temíamos. Ella tenía una enorme confianza en el poder de la oración, particularmente en la oración de los niños que, según decía, tenía un poder inconmensurable. Charlábamos en la cocina de su casa y se la notaba muy preocupada aunque intentara no demostrarlo. Hablaba en voz baja, pausadamente, con su dicción rotácica imperdible. Me comentaba de los horrores del nazismo que ella había vivido en su Francia natal y temía que aquí viviésemos un infierno similar. Confesaba su pesadumbre por no poder ofrecer refugio en su casa a algunas personas que se lo solicitaban y que corrían serios riesgos, ya que allí irían seguramente a buscarlos. Poco tiempo antes de su desaparición comentó que sus hermanos querían que volviese a Francia y que le enviarían el pasaje. Le pregunté qué había decidido hacer y me respondió que posiblemente accedería. No volví a verla nunca más. Nunca me dijo de las reuniones en la iglesia de la Santa Cruz, de su trabajo junto a las familias de los desaparecidos, seguramente por prudencia, por una clara actitud de cuidado del otro.

Ahora, después de tantos años, recuerdo aquellas últimas conversaciones y me veo tratando de dominar mi angustia mientras presentía en ella sentimientos similares. Ahora veo mucho más claro que en aquel momento, que la Hna. Leonie no sólo estaba plenamente consciente del peligro que corría sino que además, simple y humanamente, tenía miedo. No supe de ese sentimiento de ella porque me lo confiara, sólo podía suponer lo que ocurría en el fondo de su alma porque algún gesto suyo o su mirada lo revelaba. También creo que contraponía al temor y a la angustia un tremendo sentido de fidelidad. Y así la recuerdo, como una persona irrenunciablemente ligada a su compromiso de fe.

Echando una mirada a un cuadernillo escrito por la Hna. Leonie para la catequesis de adultos, me detengo en algunos párrafos: *“La indiferencia es la forma más perniciosa del ateísmo contemporáneo”... “La técnica le ha dado al hombre muchísimas facilidades y poderes...la medicina avanza a pasos agigantados, lucha contra las enfermedades más difíciles...y millones de seres humanos mueren porque no tienen un médico cerca, y mueren de enfermedades que ya han sido extirpadas por una simple vacuna... ¿quién nos da un mensaje que dé sentido a todo esto?...cuántas veces nuestras empresas quedaron en el camino del fracaso... Cuántas cosas bellas y cuántos momentos felices nos depara el vivir, pero cuántas veces no hemos sabido corresponder a esa belleza, a esa felicidad. Las antinomias del mundo también se dan en cada uno de nosotros... Jesús no nos da recetas, nos da sentido de la vida. Él nos dice qué es el hombre,*

cuál es su rumbo, cuál es su final, cómo debemos trabajar, qué sentido tiene el dolor y cuál es el sentido de la muerte.”

Aconsejando a las catequistas, también dice: *“Es conveniente analizar qué quiere decir ‘amar’... hacer notar que los que se aman de verdad son capaces de cualquier sacrificio por el otro ser que aman... El amor siempre tiene exigencias: la correspondencia y la fidelidad.”* De esa correspondencia y fidelidad, la Hna. Leonie dio prueba irrefutable.

Pocos días antes de la Navidad, el 10 de diciembre de 1977 a la mañana, un “grupo de tareas” se la llevó de su casa en Ramos Mejía. La Hna. Alice Domon, de su misma congregación, había sido secuestrada dos días antes en la iglesia de la Santa Cruz. Entonces me pregunté con dolor y estupor (aún hoy me lo pregunto), ¿por qué se quedó ella esperando que aconteciera lo que aconteció?, ¿por qué no intentó buscar refugio en el obispado o en la embajada de su país? Son preguntas que quedarán sin respuesta.

Puedo imaginarla, la noche de la víspera, en soledad y en oración como Jesús en el huerto de Getsemaní. A la mañana siguiente, algunos vecinos la vieron salir e introducirse en un automóvil; dijeron que iba ligera de equipaje, que sólo llevaba la Biblia en sus manos. Leo otro párrafo que ella escribió: *“...los objetos que pertenecían a una persona: el reloj, su sillón favorito, etc., se guardan con gran afecto pues nos hablan de la persona a la cual pertenecieron...de algún modo nos hacen vivir su presencia... No es su simple materialidad lo que importa, sino lo que ellos dicen de algo muy superior a ellos.”* Así pues, ella se llevó el objeto que más podía “hablarle”, que le hacía más presente a Aquél a quien amaba. Asimismo, queremos creer en un mínimo gesto piadoso de aquél que le permitió tomar “ese objeto” antes de que abandonara la casa para siempre. Deseo pensar que ella habrá podido refugiarse en la oración, encontrar un alivio mínimo a sus sufrimientos a través del recuerdo de algún paisaje de su infancia, de algún arroyo cristalino con un pequeño puente por el que Él la condujo hacia la eternidad. Reconforta creer que Aquél en quien confió y Santa Teresita de Lisieux, de quien era devota, no la desampararon en sus últimos momentos.

La veo (y así me agrada recordarla) siempre de pie durante la misa, adelante, del lado izquierdo de la capilla, junto a los bancos donde están sentados los chicos. Alta y elegante, con sus faldas rectas y sus camisas pulcras, sencilla y sobria, pero a la vez cuidadosa de su aspecto. A pesar de sus años (calculo que unos sesenta), tiene un cutis fresco y sonrosado. El cabello cano, con su melena corta y ondulada, le da marco a ese rostro de expresión amable que trasluce una gran fuerza interior. Así la veo, así seguiré viéndola. Siempre.

Lic. Marta Finardi de Reboiras